

4.º domingo ordinario C

*El amor disculpa sin límites, cree sin límites,
espera sin límites, aguanta sin límites.
El amor no pasa nunca. (1 Co 13,7.8)*



Primera lectura

Jeremías 1,4-5.17-19

En los días de Josías, recibí esta palabra del Señor: Antes de formarte en el vientre, te escogí, antes de que salieras del seno materno, te consagré: Te nombré profeta de los gentiles. Tú cíñete los lomos, ponte en pie y diles lo que yo te mando. No les tengas miedo, que si no, yo te meteré miedo de ellos.

Mira: yo te convierto hoy en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce, frente a todo el país: Frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y la gente del campo; lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte – oráculo del Señor.

Segunda lectura

1 Corintios 13,4-13

Hermanos y hermanas: El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca.

¿El don de predicar? Se acabará. ¿El don de lenguas? Enmudecerá. ¿El saber? Se acabará. Porque inmaduro es nuestro saber e inmaduro nuestro predicar; pero cuando venga la madurez, lo inmaduro se acabará.

Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo de adivinar; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es por ahora inmaduro, entonces podré conocer como Dios me conoce.

En una palabra: quedan la fe, la esperanza, el amor: estas tres. La más grande es el amor.

Evangelio

Lucas 4,21-30

En aquel tiempo comenzó Jesús a decir en la sinagoga: – Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.

Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios. Y decían: – ¿No es éste el hijo de José?

Y Jesús les dijo: – Sin duda me recitaréis aquel refrán: "Médico, cúrate a ti mismo": haz también aquí en tu tierra lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaúm.

Y añadió: – Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado más que Naamán, el sirio.

Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

Meditación

Con toda seguridad, la noticia de un fracaso de Jesús entre las gentes de su pueblo tiene un verdadero fondo histórico. Sobre esa noticia, Lucas ha tejido un espléndido relato que resume el contenido del evangelio y muestra las razones del rechazo de Jesús por parte de los suyos (Nazaret, todo Israel). Jesús, cumpliendo las esperanzas del antiguo testamento, se ha presentado como el principio de un mundo nuevo, condensado en la liberación de los oprimidos y la plenitud de vida para los pobres. Esa revelación ha suscitado una primera respuesta admirativa. Lucas sabe que los hombres de Israel no se han opuesto plenamente al Cristo; ellos son precisamente los que han constituido la primera base de la iglesia (comunidad de Jerusalén). Sin embargo, junto a esa primera respuesta hay otra de escándalo y rechazo. El rechazo de los suyos se basa en dos razones. La primera se ha basado en la persona de Jesús: "¿No es éste el hijo de José?" Los que así preguntan han supuesto que el Mesías de Dios ha de mostrarse de una forma externa, esplendorosa, desconcertante. Dios se identifica para ellos con el misterio, con aquello que se impone ante la mente, pues procede desde fuera de la tierra. Por eso, conociendo que Jesús ha sido un hombre entre los hombres, piensan que es preciso rechazarle. La segunda razón es semejante: piden signos prodigiosos; quieren tener una seguridad absoluta y necesitan que Dios les demuestre su verdad. Por eso, cuando viene Jesús se escandalizan de su figura y terminan dejándole a un lado. Es curioso observar que Lucas no ha ofrecido una respuesta a esas razones, limitándose a recordar un viejo enigma que se aplica a la situación del momento presente: los profetas de otro tiempo (Elías y Eliseo) no encontraron fe en las gentes de su pueblo; por eso ofrecieron salvación a los extraños. La historia se repite y el profeta que no ha sido escuchado entre los suyos ha venido a ofrecer su salvación a los gentiles. Para Lucas, la verdad de esta escena se ha cumplido de una forma total en la misión de los gentiles. Ante este relato, que Lucas ha narrado de manera típica, queremos plantear una serie de interrogaciones: en primer lugar, podemos preguntarnos por el contenido de nuestra fe: ¿Hemos valorado toda la profundidad del escándalo de Jesús, el hecho de que Dios haya venido a revelarse por un hombre que, externamente, ha sido igual que los demás? ¿No queremos basar la fe en milagros de carácter aparatoso? Recordemos que el único milagro es Jesús, su palabra, el signo de su vida, el testimonio de su muerte, interpretada a la luz del mensaje de la pascua. A no ser que profundicemos en esa dirección es muy posible que nos pase aquello que ha pasado a Israel en otro tiempo: quizá perdamos al profeta mientras llegan gentes de otros pueblos a encontrarlo.